

el año 920 (1514); pero tan pronto como este sultan, el mas indómito de cuantos han gobernado el imperio turco, tuvo libertad de accion, se dirigió contra la Siria, empezando por el territorio de Abulustein, conquistándolo en 921 (1515) y exterminando á toda la familia Zul-gadir. En el año siguiente, el 922 (1516), sometió definitivamente la Mesopotamia. Entonces convenciéndose los emires de Siria y de Egipto de que habia sonado su hora suprema, mostraron en su mayoría por primera vez al cabo de muchos decenios, un espíritu sincero y laudable de union y de energía; pero por desgracia hubo tambien en estos momentos algunos pocos que procuraron ponerse bien con el que habia de quedar á todas luces vencedor, entregándole á traicion á los compañeros defensores de su causa propia. Uno de estos traidores infames, el emir Kheir-Bey, huyó con su gente, conforme habia convenido con el enemigo, á los primeros disparos de la formidable artillería turca, sembrando así la confusion y el terror en la hueste mameluca, que fué derrotada completamente cerca de Alepo el 24 de agosto de 1516 (en 25 del mes de Redscheb del año 922 de la égira), dejando á Selim dueño de toda la Siria. Los demás mamelucos, emires y soldados, con pocas excepciones, sostuvieron dignamente en esta batalla la antigua fama guerrera de su raza. Su sultan septuagenario, Kánsue-el-Guri, murió en la pelea. Desde entonces cundieron entre los mamelucos el abatimiento y la indecision, pero los que pudieron llegar al Cairo nombraron sultan al valiente Tuman-Bey, el segundo de este nombre y el último sultan del imperio mameluco. Este tomó posiciones en las alturas de Mocatam, que se elevan al Este del Cairo y desde donde se domina la ciudad. Los jefes y grandes del país se habian prestado, ya desanimados y rehacios, á este último y desesperado esfuerzo; pero uno de ellos delató al enemigo el plan de batalla, y todo el heroísmo de Tuman-Bey y de los demás fieles á la causa nacional fué ya impotente para salvar al imperio mameluco. Selim atacó la posicion en 22 de enero de 1517 (1) y quedó dueño de ella. Muchos emires se pasaron á los turcos, y los que con Tuman-Bey continuaron la resistencia en el Cairo y en los distritos rurales fueron exterminados con su gente. Un traidor entregó á Tuman-Bey al sultan Selim, el cual le mandó ahorcar por consejo del miserable emir mameluco Kheir-Bey. Este fué el fin del imperio mameluco despues de haber dominado mas de 250 años en Siria y Egipto. Los guerreros mamelucos que habian sobrevivido á todas las luchas fueron reorganizados segun su modo de ser antiguo para el servicio interior del país; pero cuando al cabo de algunos siglos empezó á menguar el vigor del gobierno central de Constantinopla, levantaron otra vez la cabeza los emires mamelucos haciéndose hasta cierto punto independientes y siendo ya verdaderos dueños del Egipto cuando Napoleón I se presentó en aquel país.

Por lo pronto, sin embargo, quedaron completamente fuera de la escena; el Egipto y los territorios dependientes de este país, especialmente la Meca y Medina, así como la Arabia meridional, ocupada por los turcos en 927 (1521), fueron incorporados al imperio turco, cuyo sultan Selim I usurpó la dignidad de califa, haciéndose á sí y á sus sucesores jefes espirituales del islamismo sunnita. Con esto quedó tambien agregada al imperio turco el Asia anterior hasta el Tigris, y desde aquel instante toda aquella region juntamente con el imperio turco entran en la historia de la Edad moderna del Occidente, que está fuera de nuestro cuadro, por cuyo motivo nos despedimos aquí, por cierto sin pena

(1) El cálculo de conversion de la fecha árabe, 29 del mes de Zul-hidscha de 922, da el 23 de enero de 1517, pero Weil ha probado que la del texto es la fecha exacta.

alguna, de los árabes y turcos de Levante. Ninguno de los dilatados territorios conquistados en aquella region por Mahomed II y Selim I, es decir, el Asia Menor, la Armenia Occidental, la Mesopotamia, la Siria, la Arabia y el Egipto, ha llegado á prosperar ni medianamente bajo el gobierno turco, que solo se ha ocupado en mantener el órden exterior aparente y en esquilmar sus provincias. Los escasos restos de la cultura de otros tiempos que habian sobrevivido á las calamidades de los últimos siglos desaparecieron, porque los gobiernos turcos nada hicieron para salvarlos ni menos para reanimarlos. El Asia Menor, que en tiempo de los primeros seldyucidas habia sido todavía region populosa y hasta cierto punto próspera, llegó á ser despues la cuna del imperio turco, y es hoy poco menos que un desierto; arenales tétricos é inmensos son hoy la Mesopotamia, el Irak, que un día rebosaba de abundancia y riquezas, y el borde oriental de la Siria, donde apenas se ven mas seres humanos que alguna banda de beduinos curdos ó árabes; la Siria y Palestina viven á duras penas de algunos restos de su antigua industria, y cada día disminuye mas la probabilidad de que la feracidad indestructible del valle del Nilo aproveche al pueblo que lo habita.

A este estado físico tan desconsolador de países anteriores y poderosos, corresponde el de la vida intelectual, casi completamente aniquilada. Que la mayoría de los habitantes sea árabe ó turca, el resultado es el mismo. Desde que la fuerza motriz del islamismo quedó agotada con la extincion de los gobiernos árabes por una parte y por otra con la conversion de los persas al sismo, la vida intelectual de todo el pueblo quedó bajo el dominio asfixiante del régimen escolástico, que ya nadie tratará de conover siquiera aunque no estuviere este régimen escudado por el poder incontrastable del despótico gobierno central y por la vasta é influyente corporacion clerical, porque la presion de tantos siglos de miseria y la costumbre de tantas generaciones han atrofiado la fuerza intelectual de aquellos pueblos, hoy apáticos y estúpidamente fatalistas.

Desde el tiempo de los mogoles se entiende en el Oriente mahometano por trabajo intelectual la adquisicion de las doctrinas rancias y petrificadas de gramática, lógica, teología y derecho, ciencias vetustas remozadas de vez en cuando exteriormente con algunas nuevas argucias y sutilezas, consideradas el colmo del saber humano. Para los mahometanos es tarea inútil estudiar para llegar al conocimiento de la verdad, atendido que ésta es una y está ya encontrada, y así solo queda á los que quieren lucirse como sabios la erudicion mecánica y enciclopédica. Por eso, si escriben libros, son extractos y compendios ya para el uso práctico, ya para el de escolares, y sacados siempre de las mismas obras. El representante mas genuino de esta tendencia fué Es-Soyuti, que vivió en tiempo de los mamelucos; su erudicion era en realidad vastísima y los manuales y compendios que escribió en grandísimo número, pues que su ambicion fué escribir mas obras que nadie, conservan todavía su utilidad reconocida; pero todo su inmenso trabajo de hormiga, como el de otros escritores musulmanes enciclopedistas, no ha adelantado ningun ramo del saber. Si acaso en esta sociedad mahometana se apodera alguna agitacion de los ánimos, ya que la inteligencia es por su misma esencia movible, el móvil no viene á ser sino alguna cuestion teológica secundaria, como la de si el Corán autoriza el uso del café, ó si es prudente decir: «Soy creyente mientras Dios quiera,» porque nadie sabe si morirá creyente fiel; ó polémicas contra cristianos, judíos ó siitas, ó entre diferentes escuelas de derecho, entre escolásticos y místicos, etc. La agitacion mas enérgica, y á la vez la mas popular del islamismo sunnita, fué la inaugurada

á mediados del siglo pasado por el beduino árabe Mohamad-ben-abd-el-Vahab, que fundó la secta que lleva su nombre y dió mucho quehacer á los gobernadores turcos de Egipto, pero no fué mas que una doctrina puritana mecánica sin fondo espiritual nuevo.

Los historiadores tampoco se han elevado sobre el nivel de los escolásticos, salvo excepciones honrosas como Macrisi, que escribió en el Cairo en tiempo de los sultanes mamelucos la historia de su época. Los turcos europeos, en cambio, han estudiado con mucha solicitud y buen criterio la historia de su imperio, y Kemal, hombre político y erudito eminente, escribió la de la campaña de Mohar, en la cual tomó parte. En el ramo de ciencias exactas y naturales solo existen libros elementales rutinarios; pero en cambio abundan libros cabalísticos, astrológicos, de explicacion de sueños y otros de este jaez. Los productos poéticos son imitaciones de poesías antiguas árabes y persas, pero sin gracia. Mas interesante es la poesía y ciencia del pueblo, que se manifiesta en trovas, cantares y proverbios, y sobre todo en cuentos fantásticos, como los refieren todavía hoy los narradores populares y de oficio, en todos los cafés, en el Asia anterior. Allí se oyen los cuentos de *Las Mil y una Noches*, que datan en su forma presente del tiempo de la segunda dinastía mameluca; historias fabulosas é interminables de héroes anteriores á la fundacion de la religion mahometana, como Antana, del cual hablamos al principio de esta obra, ó de soberanos mahometanos, como la del feroz sultan Bibars; cuentos sin fondo histórico, sargas de aventuras imposibles y de hazañas sobrehumanas. Los mahometanos doctos miran esta literatura popular con soberano desprecio, aunque mal por mal, vale mas que toda su erudicion.

## CAPITULO II

### LA NUEVA PERSIA Y LOS KHANATOS

En la primera mitad del siglo VIII de la égira, el XIV de nuestra era, vivía en Ardebil, ciudad situada en el Aderbidyan, un jeque llamado Ischak, con el sobrenombre de Sefi ed din, que quiere decir «hombre de purísima fe,» el cual gozaba fama de ser persona extraordinaria. Descendía de Muza el Casim, el séptimo iman de los doce, de suerte que Ischak Sefi ed-din era *alida*, es decir, descendiente directo de Alí, uno de los miembros de la familia del Profeta venerados por la mayoría de los siitas poco menos que como seres divinos. A esto agregaba Ischak la calidad de *sofi*, ó derviche, quizás jefe de la comunidad de cuya influencia creciente hemos hablado ya al principio de esta obra; y como su conducta correspondía á su ilustre prosapia y á su importante corporacion, fué considerado como santo. Murió á mediados del siglo VIII de la égira, sin que pueda fijarse el año de su nacimiento ni de su muerte. Su hijo, el jeque Sâder ed-din, nombre que significa «primero en la fe,» hombre no menos santo que su padre, heredó la fama y posicion de éste. Sâder ed-din vivió en tiempo de Timur, y tan grande fué su fama y la consideracion que gozó, que el terrible conquistador le fué á ver y le permitió hacer una súplica que de antemano le quedaba concedida. El santo nada pidió para sí, sino la libertad de un número de turcos que Timur se habia llevado prisioneros de Rum, ó sea del Asia Menor (1).

Estos turcos libertados se establecieron en las inmediaciones de Ardebil, y de ellos nacieron siete tribus, que en

memoria de la libertad que sus antepasados debieron al santo se mantuvieron fidelísimos á su familia. Esta, pudiendo contar con el apoyo armado de sus partidarios, adquirió gradualmente la consideracion de una potencia, mientras que por otro lado conservaba la fama de santidad y pureza de fe. El hijo de Sâder ed-din, Khodscha Alí, hizo la peregrinacion á la Meca y murió á su regreso en Jerusalem. Escasas son las noticias que tenemos de su hijo Ibrahim, pero en cambio son muchas las referentes á su nieto Schuneid, el cual tanta importancia é influjo adquirió en Ardebil y su comarca que el jefe de los borregos negros, Schehan Schah, concibió serios temores y le obligó á salir del país. Schuneid fué, naturalmente, á pedir hospitalidad al enemigo principal de Schehan Schah, que era Usun Hasan, el cual le recibió con los brazos abiertos, dándole luego una de sus hermanas por esposa. Todos los esfuerzos de Schuneid para volverse á establecer en Ardebil, entre Schehan Schah y el príncipe de Schirvan, el vecino del lado opuesto, fueron vanos y, finalmente, murió en esta lucha en el año 863 (1458-1459). Su hijo, el jeque Heider, volvió cerca de su tío Hasan, que le dió su hija por esposa y ésta dió á Heider tres hijos llamados Alí, Ibrahim é Ismail; el último nació por el año 885 (1480), es decir, despues de la muerte de Hasan, su abuelo materno, con el cual cesó tambien de existir su imperio, que se desmoronó desde entonces rápidamente, aunque su hijo Yacub Beg lo conservó reunido hasta su muerte, que ocurrió en el año 896 de la égira (1490-1491 de nuestra era). Demasiado escasas, y además contradictorias, son las noticias de las guerras en que se destrozaron á la muerte de Hasan sus hijos y nietos disputándose la herencia, hasta que Yacub se quedó dueño único ó principal; pero á la muerte de éste estallaron nuevas contiendas y guerras entre sus hermanos é hijos, que se precipitaron del trono uno á otro hasta quedar el imperio de Usun Hasan subdividido entre una porcion de soberanos descendientes y parientes del fundador. Estos no siempre se contentaron con el dominio reducido que poseían, por tener en él á su favor mayor número de partidarios, y muchas veces apelaron al asesinato de un hermano ó sobrino para agregar sus territorios al suyo; ni faltaron funcionarios, gobernadores y otros ambiciosos que atizaban las discordias que llevaron el imperio al borde de su ruina. El jeque Heider, hombre atrevido y enérgico, habria aprovechado ciertamente esta confusion para elevarse sobre todos los pretendientes, pero murió en 893 (1488) en la guerra contra su cuñado Yacub, que habia hecho alianza con el príncipe de Schirvan. Despues de haber vuelto Heider á Ardebil, su verdadero dominio, trató luego de aumentarlo, sin perjuicio del carácter piadoso y santón de su familia, á costa de los soberanos de Schirvan, lo cual le acarreó la muerte. Los vencedores se apoderaron de sus tres hijos y los encerraron en una fortaleza persa; pero á la muerte de Yacub fueron puestos en libertad y regresaron á Ardebil, desde donde algunos años despues salió Alí, el mayor de ellos, á la cabeza de sus partidarios á tomar parte en las guerras intestinas, en las cuales sucumbió por el año 900 (1495). Sus dos hermanos Ibrahim é Ismail se refugiaron en el Gilan, comarca ribereña del mar Caspio por el lado Sudeste, donde desde antiguo existia un foco de devocion tradicional á Alí, el mas fiel y el mas valiente de los compañeros del Profeta. El soberano de la comarca acogió á los dos hermanos con benevolencia. Murió al cabo de poco tiempo Ibrahim (2), cuya dignidad de jeque de los sofíes (3) heredó

(2) Malcolm: *History of Persia*, tomo I, Lóndres, 1815.

(3) Sofi significa «estudiante de teología» y se aplica por extension á los derviches y teólogos místicos.

Ismail, y con este aumento de autoridad reunió una hueste de 7,000 partidarios armados de Ardebil y su comarca y de otras partes donde la órden de los derviches, de que era jeque, tenía influencia. Con estos 7,000 guerreros púsose en campaña contra el rey de Schirvan para vengar la muerte de su padre y abuelo. Venció y mató á su enemigo en 905 (1499) y tomó su capital Schamahiye, que le sirvió de base para sus operaciones siguientes, en las cuales la fortuna le protegió extraordinariamente, porque mientras sus tropas le obedecían ciegamente había desaparecido casi toda disciplina y el poderío de los borregos blancos, los ak-koyunlus, en los diez años de guerras intestinas entre sus príncipes y grandes. Los soldados de Ismail llevaban como distintivo, introducido por el jeque Heider, en señal de ser sectarios de Alí, ó siitas, un turbante formado de una gorra encarnada rodeada de tiras de tela blanca de doce pliegues en memoria de los doce imanes. Estos guerreros, á pesar de su turbante místico y de su ciega obediencia á su jefe, que con razon ó sin ella se llamaba descendiente de Alí, el compañero del Profeta y cuarto califa, eran una horda ferocísima á manera de los serbedares, que siglo y medio antes estaban también relacionados con la corporación de los derviches cuando pretendían fundar una sociedad nueva. Sus adversarios sunnitas ferían de ellos atrocidades como la de comerse asados ó en guisado á sus enemigos más odiados, en señal de triunfo después de la victoria, lo cual era probablemente una exageración. Con estos soldados y algunas bandas de borregos blancos que las primeras victorias atrajeron á su causa venció Ismail uno tras otro á dos últimos nietos de Hasan, sus primos de segundo grado Elvend y Murad, al primero cerca de Nachdschevan, á orillas del Aras, en 907 (1501), y al segundo cerca de Hamadan, en la Media, en 908 (1502). Tomó posesión de sus territorios, estableció su residencia en Tebris y cambió el humilde título de jeque de los sofíes de Ardebil, que habían llevado sus antepasados y él hasta entonces, por el de schah ó sea rey. Con esto quedó fundada una nueva dinastía, la de los sefidás, es decir, descendientes de Seff ed-din, ó como también se llama la de los sofíes, confundiendo el nombre propio de Seff con la palabra sofi, por ser aquel jefe de los derviches sofíes.

Esta dinastía devolvió al pueblo persa, al cabo de casi nueve siglos de interrupción, es decir, desde el tiempo de los sasanidas, su carácter y existencia nacionales. Los sofíes gobernaron la Persia hasta el año 1135 de la égira (el 1722 de nuestra era). Después de un interregno de los afganes y del terrible Nadir, reinaron los sendidas, y después de éstos los kadschares (cadschares), dinastía que reina todavía hoy. A pesar de haberse mezclado la sangre persa con la seldyucida y mogola cuando el país estuvo subyugado por estas dos razas, y á pesar de la gran proporción del elemento turco que todavía hoy existe en Persia, se presenta ésta como un Estado nacional, si no desde su fundación, por lo menos desde Abbas el Grande, que reinó desde 995 hasta 1037 (1586-1628) y que completó y consolidó el carácter nacional de la monarquía, fundada por acaso y sin plan por su antepasado Ismail, pero valiéndose como Abbas del mismo auxiliar, sin el cual, por lo menos en el Oriente, no pueden fundarse potencias políticas permanentes, á saber: el elemento religioso, aunque sea de secta como en el caso presente. Ya hemos dicho en las primeras páginas de esta obra que los persas carecen de sentimiento político-nacional, y á su ineptitud para formar una nacionalidad independiente debe atribuirse que no pudieran constituir un imperio sólido y unido en tiempo de los buweihtidas y samanidas. Los sofíes, empezando por el primer schah Ismail, suplieron esta falta, dando á su imperio unidad y solidez con la unidad

religiosa, aprovechando la disposición antigua del carácter persa á favor del siismo, á pesar del desprecio con que los adeptos de esta doctrina eran mirados por los mahometanos sunnitas. Este desprecio era tal que bajo el dominio árabe y turco los persas más distinguidos tuvieron que profesar, siquiera exteriormente, la doctrina sunnita, cuyos partidarios eran tantos en Persia entre la gente oficial que no había que pensar por entonces en hacer de la siita una base de nacionalidad, á pesar de ser esta doctrina el único elemento de que se podía echar mano para unir á todos los persas en una nación con todos los caracteres de tal. Pero en tiempo de los sofíes, las mejores tropas de estos monarcas eran, aunque turcas de raza, en religión siitas; y como también era partidaria de esta secta la mayoría de los persas, estaba indicado el hacer de esta secta la religión nacional persa.

Por supuesto que todo esto vino por sus pasos contados, porque cuando Ismail, dueño ya del Aderbidyan y de la Media, procedió á extender sus dominios, no pensó ni remotamente en crear un imperio que tuviese por base una nacionalidad, por la sencilla razón de que esta idea no existía todavía entonces; por esto no empleó sus armas después de su victoria sobre sus parientes al Este para incorporar á su imperio el Corasan, país eminentemente persa, sino contra el emir de Abulustein, al Oeste del Eufrates, para castigarle por la protección que había dado á Murad, que se había refugiado en su corte, desde donde había hecho varias tentativas, auxiliadas por el emir, para tomar á Bagdad. Es decir que Ismail no hizo más que seguir el impulso político tradicional de los borregos blancos después de haberse apoderado de sus territorios, y si sus sucesores engrandecieron sus dominios hácia el Este y establecieron su residencia en territorio propiamente persa, primero en Kaswin y más adelante en Ispahan, fué cuando se convencieron de que nada podían adelantar por el lado Oeste á causa de los turcos, contra cuyo poder se estrellaban todos sus esfuerzos.

Ismail, después de sus victorias de los años 907 y 908 (1501-1502), logró incorporar á sus dominios sucesivamente todos los del difunto Hasan, de suerte que en 914 (1508) se extendió su imperio desde Kirman hasta Ersingan, con Amid (Diyar-Bekr) y Bagdad. Pronto sobrevinieron sucesos inesperados que empujaron á Ismail por la senda que hemos indicado antes. Junto al mar Negro y en Kirman encontró por vecinos á los usbecos, y el jefe de éstos, Mohammed Scheibani, no era hombre que pudiera dejar en paz á su nuevo vecino. Los usbecos efectuaban incursiones de rapiña en el territorio de Kirman, y los embajadores que Ismail envió á Mohammed para reclamar resarcimiento de daños regresaron con una respuesta ofensiva. Al propio tiempo supo Ismail que su enemigo, que era partidario fanático de la religión sunnita, había enviado mensajeros al sultan Bayaceto, en Constantinopla, con el cual Ismail estaba en relaciones algo tirantes por cuestiones de límites. Era, pues, necesario para Ismail proceder con rapidez y decisión para inutilizar á Scheibani antes de quedar aplastado entre los dos enemigos poderosos, si bien hemos visto en diferentes ocasiones que los planes concertados entre países tan distantes uno del otro nunca han dado gran resultado. Ismail obró con tanta energía como prudencia; continuó sus negociaciones diplomáticas con el khan usbeco para adormecerle y en otoño del año 916 (1510) á la cabeza de su ejército se dirigió á marchas forzadas al Corasan, mientras su contrario licenciaba tranquilamente la mayor parte de sus tropas con motivo de la aproximación del invierno. Cuando el usbeco conoció el peligro, retrocedió de Herat á Merw para reunir allí todas las fuerzas que encontrara á mano, llamando al mismo tiempo las de la Transoxania; pero Ismail, si no po-

dia competir con su adversario tártaro en pericia militar, le ganaba en talento, y supo arreglarse tan bien que Scheibani se creyó bastante fuerte para tomar la ofensiva antes de haber recibido los refuerzos que había pedido. Salió, pues, de Merw al encuentro de las tropas de Ismail, que fingieron huir, y cuando Ismail tuvo á su enemigo en el punto que quiso, atacóle por dos lados distintos y le cercó completamente. Los usbecos pelearon como valientes, pero no consiguieron abrirse camino al través de los enemigos, tan valientes como ellos. Scheibani murió en la pelea é Ismail quedó vencedor y dueño de todo el Corasan con esta sola victoria, que decidió la campaña. Scheibani murió el 1.º de diciembre de 1510, ó, según el calendario mahometano, el 29 del mes de Scha'aban del año 916 de la égira. La incorporación del Corasan decidió el carácter persa del imperio de Ismail. Verdad es que los usbecos continuaron desde el otro lado del Oxo sus incursiones de rapiña y con el tiempo fué preciso, como es sabido, abandonarles á ellos y á los turcomanos, establecidos entre el mar Caspio y el de Aral, una comarca tras otra, mientras por otro lado los afganes se hicieron dueños de Herat y de las comarcas vecinas. Hoy forma parte de la Persia solo una porción pequeña de esta provincia; pero el cuidado principal de todos los gobernantes de la Persia ha sido, de 370 años acá, la conservación y defensa de este territorio, ya contra las embestidas de los turcos, ya contra las avanzadas rusas. La posesión de este país vale en efecto para la Persia todos estos y aun mayores sacrificios, porque sin él no habría más comunicación entre el Norte y el Mediodía de la Persia, separados por el gran desierto, que por la Media, que implica un gran rodeo. La victoria de Ismail sobre Scheibani y la consiguiente adquisición del Corasan decidieron y completaron la creación de la Persia moderna.

El schah Ismail se dió prisa á sacar de su victoria todo el provecho posible, porque si bien la muerte de un adversario tan poderoso, enérgico é indómito como Mohammed Scheibani era una ventaja inapreciable, quedaba todavía en la Transoxania y en el Turquestan la mayor parte de la fuerza militante de los usbecos disponible y deseosa de vengar la muerte de su khan. Su hijo Mohammed Timur y su sobrino Obeidallah, no menos enérgico que su difunto tío, acaudillaban numerosas huestes. Por otra parte, tampoco podía pensar Ismail en continuar la guerra contra los usbecos mientras éstos no le obligaran á ello, porque además de reclamar su presencia asuntos urgentes en el extremo opuesto de su imperio, contaba en el Este con un medio muy sencillo para tener á los usbecos á raya en la persona de Babur II, el descendiente de Timur, que desde Cabul acechaba ocasión favorable para arrebatarles la herencia de su padre. Babur, cuando tuvo noticia de la batalla de Merw, se dirigió al Norte en medio del invierno á la cabeza de su hueste, sin que le detuviera la nieve que cubría las elevadas cordilleras que tuvo que pasar, y tomó posiciones en Kundus al Este de Balh á fines del año 916 (principios de 1511). Ismail se apresuró á asegurarse el concurso de tan valioso auxiliar, con el cual por medio de mútuas embajadas entró en relaciones amistosas. Los usbecos, viendo en buena inteligencia á Ismail y Babur, temieron un ataque simultáneo de ambos y solicitaron muy humildes la paz con Ismail. Este se la concedió, pero no duró mucho, pues tan pronto como el schah vió las ventajas brillantes que su aliado había ido alcanzando en Badahschan y Fergana se valió del fútil pretexto de haber violado los usbecos el convenio de paz para anularlo y aliarse formalmente con Babur, al cual envió un ejército auxiliar persa, reconociéndole anticipadamente la propiedad de todos los territorios que consi-

guiera arrebatar á los usbecos. Babur llevó tan bien las operaciones que mientras el schah Ismail se dirigía con el resto de sus tropas al Aderbidyan, donde los conflictos con el imperio turco iban tomando un aspecto peligroso y reclamaban urgentemente su presencia, arrojó al enemigo común de toda la Transoxania y ocupó las ciudades de Samarcanda y Bokhara, y al otro lado del Yaxartes la de Taschkend, en el año 917 (1511).

La satisfacción fué por desgracia corta para los dos aliados, por uno de aquellos inconvenientes que, como todas las disposiciones, aun las más acertadas del mundo, llevó en pos de sí la elevación del siismo á religión oficial del Estado. La persecución de los sunnitas, que Ismail organizó como en todas partes en el Corasan recién conquistado, donde él y sus soldados procedieron con verdadera brutalidad, causó grandísimo descontento, principalmente en la Transoxania, donde la mayoría de la población era sunnita, cuando Babur, á fin de complacer á su aliado, adoptó con su gente el traje persa y en especial el turbante siita. Las simpatías que los transoxanios habían manifestado hasta entonces á Babur tanto por sus cualidades personales como por ser vástago de la antigua dinastía, se trocaron súbitamente en antipatía cuando aquellos pueblos, celosos sunnitas, vieron un cambio que les parecía indicio cierto de la próxima persecución religiosa que se había desplegado en los Estados del schah Ismail. Esto conmovió la posición de Babur hasta tal punto que bastó el menor contratiempo para hacerle perder todo lo ganado. Así sucedió en la primavera inmediata, la del año 918 (1512), en la cual los usbecos, que entonces habían rehecho sus fuerzas en el Turquestan, á las órdenes de Obeidallah derrotaron á las tropas de Babur, el cual se vió obligado, á consecuencia de este golpe, á evacuar á toda prisa á Bokhara y Samarcanda. Llegó á su auxilio el gobernador persa del Corasan con un ejército numeroso, pero tanto con su impericia como con su altanería y brutalidad hizo más daño que bien á la causa de Babur, que perdió la batalla decisiva, en la cual murió el gobernador persa con gran número de los suyos. Todos los esfuerzos de Babur para conservar por lo menos á Kundus fueron vanos, y á principios del año 920 (1514) el descendiente de Timur volvió á hallarse otra vez en Cabul sin haber avanzado un paso, reducido á la posición en que se encontraba cuando tres años antes salió á emprender la campaña de conquistas.

Desde entonces quedaron los turcos orientales dueños indisputados de Bokhara y Samarcanda, de Taschkend y Fergana, y desde 932 (1526) de Balh y los territorios respectivos. Además de estos países, los usbecos extendieron su dominio sobre otros, especialmente sobre el actual khanato de Khiva. Mientras Babur estaba todavía combatiendo por la posesión de la Transoxania fueron arrojadas de Khwarizm las autoridades persas instaladas en esta ciudad después de la batalla de Merw por el año 918 (1512). Los autores de esta hazaña fueron algunas bandas usbecas mandadas por Ilbar, nieto de aquel Yadgar emparentado con la familia de Abu'l-Kheir, en connivencia con la población sunnita de la ciudad mencionada. Ilbar estableció su residencia como nuevo soberano del país por lo pronto en Urgendsch y posteriormente se trasladó á Khiva, nombre que se da hoy á todo el khanato (1), como se ha dado al de Bokhara este nombre por ser el de su capital. En Bokhara estableció Obeidallah su residencia tan pronto como fué instalado solemnemente en la dignidad tártara de khan de este país en 939 (1533); y con el nombre de khanato se designan todavía hoy estos dos países, cuya organización interior es la misma de la

(1) Hoy estado vasallo de Rusia.